

EN TORNO A LA PRIMERA REUNION DE LIDERES AMUESHA

Alberto Chirif

“Nosotros nos pondríamos cushmas, pero los “peruanos” son muy murmurados. La abuela también se pondría cushma, pero son muy murmurados y a nosotros nos da vergüenza”. Quien así habla es una mujer amuesha, a la que escuchamos dos días después de terminada la Primera Reunión de Líderes de esa tribu, realizada en la comunidad de Miraflores, a una hora de Oxapampa. Y la abuela es una anciana, que si no los ha cumplido ya, está muy cerca de los cien años. Reducida ya por la edad, la abuela sabe muchas canciones de los antiguos que hoy no puede entonar porque la voz se le quiebra. Entran y salen hombres y mujeres, todos amueshas. Saben que venimos de Palmazú, donde un conjunto de piedras muy antiguas, le dan carácter de centro ritual al lugar. Este centro agrupaba, hasta hace un tiempo, no sólo amueshas venidos desde puntos muy distantes, sino también campas. Allí está la piedra que representa a YUMPUR (el Sol), hoy caída por la voracidad de algunos que pensaron que escavando en sus bases hallarían tesoros. Allí están otras piedras más, de difícil significado para un occidental; todas, cubiertas por el monte crecido, de tierras que ya no pertenecen a los amuesha, sino a un hacendado que les negó el derecho de transportarlas a un lugar donde puedan recibir un mejor trato y seguir constituyendo el centro ritual que les dió, en un tiempo, la unidad cultural que hoy, cada día más, se va rompiendo.

La reunión fue importante porque agrupó a delegados de veinte comunidades amuesha que representaban, aproximadamente, el 75% de la totalidad de la tribu. Y fue importante, sobre todo, porque fue la primera tentativa global amuesha de encarar un problema que los afecta a todos: la falta de tierras, ante la invasión de colonos y terratenientes “peruanos” (todos los que no son ni amuesha, ni campas, ni piro). Y no se crea, por otro lado, que este es un problema que preocupa sólo a los amuesha. En otros grupos que conocemos también de cerca, como los aguaruna y huambisa, o por referencia, como los campas, yaminagua, culina, sharanagua, hemos encontrado el mismo problema.

Es esta época y la corriente oficial de integración del

indígena a la "vida nacional", lo que nos mueve a plantearnos las reflexiones de las próximas líneas.

Y el problema es serio, porque el Perú sólo es una unidad en el mapa. Por dentro, es un conjunto de "patrias", cerradas en sí mismas, cada una con su cultura y todo lo que ella implica. Recordemos que el nombre con que los amuesha se autodenominan, es YANISHA, es decir "gente", que es el equivalente al ASANINKA de los campa y al AENTS de los aguaruna. Los "demás" son otra cosa, pero no YANISHA, no ASANINKA, no AENTS.

Ante el problema de integración, aparte de seguirnos preguntando sobre el derecho que tiene nuestra cultura de tratar de encuadrar dentro de sus moldes a pueblos que tienen un sistema de valores distinto, nos planteamos, en términos generales, dos problemas: primero, ¿a qué vamos a tratar de integrar a la población indígena, si lo "nuestro" no es nada integrado? Segundo, ¿realmente puede alguien pensar que existe una población indígena, tratando de agrupar bajo este término a pobladores de la sierra, de la selva alta y de la selva baja? Y esta indiferenciación ecológica y cultural, ¿no tiene acaso una de sus manifestaciones más absurdas en la manera cómo se lleva la educación ("nuestra educación") a los pueblos más apartados? Imagínense —nosotros no lo imaginamos porque lo hemos visto— un aguaruna aprendiendo los números romanos o estudiando una de las tantas guerras por las que ha pasado nuestra civilización. La adecuación entre medio y educación ha sido acá, indudablemente, ignorada.

Tomando en cuenta la cuestión ecológica y cultural, volvamos ahora al problema de las tierras, para hacer unas cuantas reflexiones acerca de los argumentos más escuchados. ¿Es la productividad un criterio que pueda ser utilizado, por igual, cuando se trata de otorgar tierras a un selvícola o a un venido de fuera? ¿No es acaso la productividad, por sí sola, es decir desligada de una realidad ecológica y cultural, una mera abstracción? ¿No es también acaso la productividad en el sentido moderno de la palabra —que tantas taras sociales ha traído a nuestra civilización— un valor desconocido dentro de las diferentes culturas de selva? ¿Es válido pensar que lo óptimo sería otorgar parcelas individuales a los indígenas de selva, sabiéndose que su economía depende no solamente de las tierras de cultivo, sino también de aquellas capaces de proporcionar materiales para la construcción de sus viviendas y la fabricación de sus

utensilios domésticos y también capaces de proporcionar caza y pesca? ¿Es válido pensar así, sabiéndose que las parcelas individuales no son heredables y que a la muerte del padre —también aún en vida— la situación de los hijos sería sumamente insegura; sabiéndose que se fomenta, mediante este sistema, nociones como la de individualismo y propiedad privada, tan lejanas en este tipo de sociedades y que tan malos frutos han dado ahí donde han logrado arraigarse; sabiéndose que se rompe la estructura de la familia (en muchos casos, compromete el sistema de matrimonio) y, como consecuencia, de la sociedad entera?

Pero la integración no sólo presenta contradicciones desde el punto de vista de los indígenas, sino también desde el punto de vista de los mismos que pretenden hacerla, ya que, por un lado, le quitan al indígena el soporte que significa su cultura —toda cultura inteligente es un soporte para el hombre que participa de ella— y, por otro, las nuevas condiciones no le ofrecen la necesaria garantía. Se hace una carretera —según un aguaruna, “lugar por donde han entrado los microbios”— para activar el progreso de la zona, y no es raro escuchar “que camine el indio, que está acostumbrado”, cuando un selvícola solicita cabida a un propietario de auto. Se promueve la colonización y se entregan parcelas y grandes denuncias a gente de fuera. Pero ¿cuántos son los grupos indígenas a los que el Estado les ha legalizado sus tierras? Se dice que los selvícolas deben participar en la “vida activa de la nación”, pero en nada se facilitan los trámites burocráticos para que logren sus documentos personales. Más aún, un aguaruna, campa, amuesha o amahuaca “al que se le venció el tiempo reglamentario” (?), tiene que pagar una multa; y si es mayor de edad, se le sigue un proceso judicial. ¿Es que realmente se piensa que la misma medida puede servir para juzgar a un indígena selvático y a un hombre de ciudad? Pongámonos un momento en el caso de que ellos fuesen los que dominasen “nacionalmente”, y tratasen de imponer sobre nosotros sus pautas de vida y sus leyes culturales, y podremos comprender así el absurdo que venimos realizando.

En la Primera Reunión de Líderes Amuesha, organizada con la colaboración del Instituto de Asentamiento Rural y Reforma Agraria, del Instituto Lingüístico de Verano y de los voluntarios del Cuerpo de Paz que trabajan en la zona, se habló claramente de la necesidad de tierras y de la inseguridad que la falta de ellas infunde en la cultura amuesha. Desde 1958, aproximadamente, se han venido presentando

solicitudes para que se otorguen tierras. Pero ellas, a diferencia de las que trataban denuncios de foráneos, no han sido atendidas.

De esta reunión salió un memorial, dirigido al Gobierno, en el que se plantea la situación de la cultura amuesha, pidiéndose que se otorguen tierras, no en forma de parcelas individuales sino de reservas comunales; que la cantidad de hectáreas de éstas guarde justa proporción con el número de personas que vivirán en ellas; que al otorgar las tierras se tome en cuenta el estado ecológico y cultural de los amuesha; que se les dé ayuda para la construcción y mantención de escuelas; que no se siga aplicando más la absurda multa para quienes reclamen documentos personales "fuera de tiempo". Finalmente, y esto es muy importante que lo entendamos, se especifica claramente que lo que se está haciendo es pedir la "legalización nacional" de tierras que han sido amuesha desde tiempo inmemoriales (cambiando el nombre de la tribu, este argumento es válido para cualquiera de las poblaciones de selva), siendo éstos, por tanto, sus legítimos propietarios.

En nuestra breve estadía junto a los amuesha encontramos algunos trabajando, por todo tener, una hectárea de café que, al año, les produce de S/. 3,000.00 a S/. 4,000.00. Encontramos a veinte familias con una extensión de 65 hectáreas. Encontramos muchos amuesha que, para poder sobrevivir, se emplean como asalariados. Pero el hacendado no les paga en dinero sino en mercancías cuyo precio, siempre según él, es mayor al del trabajo que los amuesha han realizado en sus campos. Ellos trabajarán, al año siguiente, para poder pagar lo que deben al hacendado; pero éste, nuevamente, les otorgará mercancías a precios elevados. Y así queda consumado, una vez más, este tan conocido sistema de explotación. Nos cuentan también de un "patrón" que compraba el arroz a los amuesha como "chala". Les pagaba, por kilo S/. 1.50. Posteriormente, ya pilado, se los vendía a S/. 7.00 el kilo.

No pocos indígenas de la selva aprenderán todas estas artimañas, se "integrarán" (conocemos ya algunos). Otros, finalmente, se irán "más adentro" para tratar de llevar una vida más inteligente, no sin sufrimiento, pero con sufrimiento que se comprenda, que tenga para ellos sentido, como es el sufrimiento que proporciona la dureza del trabajo en el bosque y la enfermedad y la muerte por las "causas" comprendidas por la cultura amuesha; sufrimiento distinto, cualitativamente, de aquel que proporciona la "soliciti-

tud a la autoridad competente", el "regrese mañana", la epidemia venida de fuera y lo que todo esto representa, la quiebra de un "mundo".

Sin duda, para muchos de los que viven en la ciudad, la comprensión de algunos de estos argumentos, como el de la coherencia de un "mundo" cultural, será difícil; ya que acá en la ciudad, donde se ha perdido, entre otras cosas, la capacidad de asombro, encontramos nosotros un conjunto desordenado de influencias diversas, mal compaginadas, superpuestas, "supersticiosas". Y no es que neguemos que la síntesis de dos culturas sea posible. Recordemos el caso de Juan Santos Atahualpa, cuzqueño de nacimiento y que a juzgar por las investigaciones se trató de un shaman. El unió no solamente a los campas, sino también, y acá lo extraordinario, a éstos con los amuesha, mucheguenga, piro y conibo, quienes, tradicionalmente, no mantenían vínculos de amistad. Frente a esto nos preguntamos ¿qué de nuestra cultura sería capaz de realizar una síntesis tal que vuelva a agrupar dichas tribus? Nuestro punto de vista económico, está visto que no. (Si recordamos que la mayoría de guerras de nuestra civilización se han originado por motivos económicos, nos daremos cuenta que tampoco para el mundo occidental, la economía es un criterio capaz de unir a los pueblos, sino más bien todo lo contrario). ¿Acaso nuestro punto de vista acerca de la "cuestión social"? Son muchos los programas que se han puesto en marcha sin mayor éxito. En el otro extremo, recuérdese la incompreensión de la actitud de un de la Puente Uceda y un "Ché" Guevara, por parte de campesinos del Perú y Bolivia, respectivamente. Nuestro punto de vista religioso carece también de poder sintético. (Es significativo que el aguaruna utilice la palabra "cristiano" para diferenciar a uno de su propia tribu —AENTS— o a un huambisa —UMAG—, con uno venido de fuera, un civilizado. Más curioso todavía resulta el comprobar que aún después de bautizado continúa utilizando esta distinción). Recordemos cuántas veces los indígenas han dado muerte a misioneros, ya que para ellos éstos no son simplemente transmisores de valores religiosos, sino también y sobre todo, transmisores de valores de otras culturas.

Creemos que la única manera de lograr una integración sana sería buscando en la cultura de ellos y en la nuestra (no en sus manifestaciones sino en sus motivos profundos), algo capaz de ser sintetizado. Desgraciadamente, debido al actual rumbo que lleva nuestra civilización, consideramos ésto poco menos que imposible. Lo que sí, creemos que el

contacto cultural puede ser planteado en términos más justos y es eso lo que los antropólogos queremos lograr, a fin que los amuesha (también las demás tribus) no se avergüencen frente a lo suyo, debido a la imagen que hemos creado del "salvaje" y puedan recuperar su perdida identidad, como lo expresa el deseo contenido en las palabras de la mujer de que hablábamos al comienzo de estas líneas: "Si todos nos pusiésemos cushma YUMPUR nos reconocería nuevamente".
